

El secreto de Alallärä

Anabel Botella

Ilustraciones
Cristina de COS-Estrada



© Ediciones DIQUESÍ
© de la autora: Anabel Botella
Ilustraciones: Cristina de Cos-Estrada
Edición: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-949396-5-5
Depósito Legal: M-18964-2019
© Todos los derechos reservados 1ª Edición: Madrid 2019
Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi hermana Marga, porque gran parte de esta novela la escribí en tu casa, y a mi sobrina Enea, porque muchas de las frases de Rita son tuyas.

A Hera, una perra con una sabiduría infinita.

Y a Carmen, por ser más que una lectora cero. Eres una gran amiga, todo un lujo que estés en mi vida.



Prólogo

El secreto de Klallärä

El invierno fue dejando paso a la luz de primavera. El oráculo había anunciado que el gran momento estaba a punto de llegar y que, muy pronto, Nevus recobraría el poder que tuvo años atrás. Aunque esta vez sería más extraordinario de lo que jamás llegó a pensar.

No podía dejar pasar la oportunidad, pues hacía seis años de la guerra que alzó al pueblo de Rosas Negras contra los otros cuatro pueblos. No es que perdieran la batalla, es que Nevus, simplemente, había decidido esperar a que las circunstancias fueran más propicias para hacerse con el poder de una vez por todas.

En ese periodo había tenido tiempo de recuperar fuerzas y crear un conjuro tan potente e increíble que nadie podía encontrar dónde se ubicaba el pueblo de Rosas Negras. Su hechizo era tan extraordinario que ninguna bruja hasta entonces había conseguido elaborar nada igual.

Había sido paciente desde que acabó la guerra, y cuando la inquietud empezó a reconcomerla por dentro, comenzó a contar

los días desde que aquel nigromante le anunciara que su destino estaba unido al de Sialy. “El futuro ha llegado”, se decía cada día al salir el alba; casi podía acariciarlo con las manos. Pero, para llevar a cabo su plan, antes tenía que liberarlo. Él era la pieza que le faltaba.

La bruja de Rosas Negras alzó sus manos hacia el firmamento cuando llegó al lago y esperó a que saliera la luna llena de febrero para invocar un conjuro. Tras realizar varios glifos en el aire, la noche se iluminó como si el sol surgiera de nuevo en el horizonte. Miles de relámpagos se sucedieron en el cielo. Al sentir la caricia de un rayo, realizó unos movimientos con ambas manos, y segundos después se escuchó un gran estruendo. Sonrió satisfecha, porque estaba más cerca de Sialy. Lo podía sentir e incluso creyó notar su aliento muy cerca de ella. Hacía años que no lo veía, aunque no había olvidado cómo era estar junto a él. De él no solo ansiaba la niña que nacería de la unión de ambos; de Sialy deseaba la fórmula de la inmortalidad, ¿cómo si no había logrado pervivir a lo largo de los siglos? Los anales de la historia lo situaban en el principio de los tiempos. La muerte lo esquivaba año tras año, y solo él conocía un hechizo capaz de lograr tal hazaña.

Mientras Nevus se acercaba hasta la entrada de la prisión donde se encontraba Sialy, sus ayudantes iban realizando conjuros para que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Durante muchos años, aquella cárcel estuvo custodiada por Livia la Mayor; más tarde fue Claraluna, la tatarabuela de la tatarabuela de Ábaca, quien se encargó de vigilarlo. Aunque después de la guerra era una sirena quien supervisaba la cárcel del mago más grande que jamás había existido. No eran pocos quienes lo temían.

Nevus apretó los dientes porque seguía sin entender por qué no había más brujas que se unieran a su causa. Consideraba una estupidez que tuvieran tantos reparos en utilizar la magia negra,

igual que estimaba que todas aquellas brujas que seguían a la Comisaria General eran unas melindrosas y remilgadas.

—¡Estúpidas, gallinas cluecas! —masculló entre dientes—. Nuestra magia negra paliaría los desastres de los no mágicos.

Soltó una carcajada que fue subiendo de volumen hasta llegar a confundirse con el sonido de los truenos. Muy pronto no tendría que rendir cuentas a nadie, los cuatro pueblos se someterían a ella y a Sialy.

Rosalí, su ayudante de confianza, junto a tres brujas más, hicieron de avanzadilla para llegar a Ofelia. Separaron las aguas del lago mediante varios conjuros que iban realizando con sus varitas. La sirena azul empezó a cantar para alejarlas del pequeño islote donde se encontraba, pero por más alto que cantara, aquellas brujas demacradas seguían avanzando hacia ella. Eso significaba que conocían el idioma antiguo. Rosalí agitó su varita en el aire para realizar un movimiento tan preciso como certero y produjo una estela plateada que rodeó por completo a Ofelia, hasta hacerla entrar en un sueño permanente. Lo último que pudo recordar aquella sirena antes de cerrar los ojos fue el pelo rojo de Nevus y una mirada cargada de ambición.

—¿Esta es la guardiana de Sialy? —Nevus miró a Rosalí con una mueca de satisfacción en los labios—. Cualquiera de nuestras brujas podría acabar fácilmente con ella.

Nevus echó un vistazo al islote y apartó a Ofelia de una patada para contemplar la roca azulada en la que había estado sentada. La bruja de Rosas Negras estiró su mano derecha hacia Rosalí, y esta le colocó una cadena plateada con un colgante.

—Lo puedo sentir. Hay un enorme poder que emana de esta roca.

—Sí, mi señora, nosotras también lo notamos —replicó Rosalí—. La tierra palpita. Solo hay que bajar las escaleras para que volvamos a ser las brujas más poderosas de todas.

Nevus pensó en el Arce Milenario. Tantos años soñando con traspasar el umbral del árbol más mágico para las brujas y por fin estaba a punto de cumplir su deseo. Abrió el colgante para soplar unos polvos blanquecinos que cayeron sobre la piedra. Nevus notó el poder extraordinario de aquellas partículas, casi nada podía igualar la magia del cuerno de un unicornio. Lástima que para obtenerlo un unicornio tuviera que morir.

En cuanto el polvo blanquecino cayó sobre la piedra, Nevus lanzó un conjuro tan potente que la dejó sin aliento. La magia le estaba exigiendo más de lo que podía soportar. Tuvo el suficiente juicio para guardar un poco de aquel polvo con el objetivo de recuperar sus fuerzas, que tomó de inmediato cuando notó que las rodillas le temblaron.

Una vez recuperó su vigor, alzó el brazo izquierdo para tomar la energía de los rayos que caían sin piedad sobre el arrecife. Entonces la gran roca se separó del islote, y Nevus contuvo la respiración cuando contempló una escalera de piedra oscura.

—¡*Lumiria!* —exclamó Nevus, agitando dos dedos para que se hiciera la luz.

Comenzó a bajar con los nervios alojados en el estómago. Por otra parte, no dejaba de pensar en lo fácil que había sido deshacerse de esa sirena azul que custodiaba la roca. Apenas había presentado batalla. Lo más complicado fue abrir la roca; lo demás no requirió mayor problema para unas brujas tan experimentadas como ellas.

No quiso darle más vueltas. A veces la fortuna se aliaba con ella, algo que no ocurría con demasiada frecuencia. Sialy sería el padre de esa niña que le daría el poder que necesitaba para ser la bruja más poderosa de todos los tiempos.

Perdió la cuenta de los escalones que tenía aquella escalera, porque a medida que descendía notó una extraña sensación que

la inquietó. Miró en todas las direcciones para buscar la causa, pero no halló la respuesta.

Al llegar al otro extremo de la escalera le pareció ver una sombra grande y otra más pequeña. Creyó advertir una carcajada infantil que la sorprendió, porque era lo que menos esperaba encontrar en aquella cueva. Nevus giró la cabeza, aunque tras ella había cuatro brujas que cubrían su espalda. Se encaminó por un pasillo oscuro, iluminado solo por cinco antorchas, una por cada pueblo. La última pertenecía al suyo, a las brujas que controlaban el elemento del éter.

A lo lejos advirtió, al fin, el motivo de su inquietud. Escuchó a la perfección el murmullo de una canción que conocía bien. Su madre se la cantaba cuando ella y su hermana eran pequeñas. Sonrió al encontrar a la auténtica guardiana de Sialy, porque no se esperaba que fuera ella. Como había sospechado, no era Ofelia sino Ágatha quien lo custodiaba. A su lado se encontraba un niño de apenas dos o tres años.

—Te estaba esperando, Nevus.

—Por fin nos encontramos, querida hermana —espetó Nevus—. Creía que este día nunca iba a llegar. Llevo seis años soñando con él.

La última vez que se vieron juró que acabaría con ella. La fortuna volvía a estar de su parte. Al parecer, su momento había llegado.

—Puede que no sea tan casual como esperas.

—¡Déjate de estupideces! —le soltó Nevus con desdén—. ¿Pretendes hacerme creer que estás dispuesta a morir por propia voluntad? Porque eso es lo que pasará —masculló—. Te creía más lista, yo hubiera luchado hasta el fin.

—Lo sé, pero gracias a todas las mujeres de nuestra familia, tú y yo no nos parecemos en nada.

Nevus apretó los dientes.

—Tú y yo venimos de una larga estirpe de brujas valientes. No haces honor a nuestra antepasada, Livia la Mayor.

—Te equivocas, eres tú quien ha manchado el nombre de nuestra estirpe. —Ágatha habló con una calma pasmosa—. Livia la Mayor se tiene que estar revolviendo en su tumba. Solo deseo que un día alguien tan poderosa como ella se enfrente a ti.

—Ese día no va a llegar, aunque tú no tendrás la suerte de comprobarlo.

—No me equivoco —repuso con la seguridad de saber que llevaba razón—. Un día llegará esa bruja. Y está más cerca de lo que crees.

Nevus notó un escalofrío, porque una de las virtudes de su hermana pequeña era la clarividencia. Ágatha colocó al pequeño que estaba a su lado detrás de ella en cuanto Nevus avanzó hacia ella.

—Vete por donde has venido —la desafió—. No eres bienvenida, ni tú ni tus siervas. Te arrepentirás de este día.

Nevus sonrió.

—No, no me voy a marchar. He venido a ver a Sialy y ni tú ni nadie me lo va impedir. —Siguió caminando hasta situarse a escasos metros de su hermana pequeña—. Apártate de mi camino. Puede que me muestre generosa y le perdone la vida a mi querido sobrino —dijo con retintín.

Ágatha le sostuvo la mirada sin un ápice de miedo en sus ojos.

—No te atrevas a nombrar a mi hijo. De tu lengua solo salen inmundicias. Deberías lavarte la boca antes de citarle.

—Apártate de mi camino. —Dejó escapar un gruñido—. Estás acabando con mi paciencia.

Ágatha negó con la cabeza. Estaba decidida a no moverse de su sitio.

—Antes tendrás que pasar por encima de mí.

—Pasaré por encima de ti y de tu hijo. —Nevus la señaló con el dedo índice.

—¿De verdad eso es lo que quieres? —Giró un instante la cabeza, y madre e hijo se hablaron con los ojos. Ianca asintió y Ágatha volvió a buscar la mirada de su hermana—. Tócale un pelo y puede que la que no salga con vida de esta cueva seas tú. Ya no soy esa niña a la que asustabas con tus historias de miedo. No me subestimes, hermana.

Nevus la miró sin entender qué quería decir. Ladeó la cabeza para observar a ese niño de pelo y ojos tan oscuros como una noche sin luna. Lo observó con detenimiento y se dejó atrapar por el gesto de su cara.

—Estás mintiéndome —dijo Nevus con los dientes apretados y sacudiendo la cabeza para apartar la mirada de Ianca—. Es una pena que tenga que acabar con él.

—Te animo a que lances un conjuro sobre Ianca. Te aseguro que te llevarás una sorpresa.

Su hermana la examinó con detenimiento. Abrió los ojos cuando se dio cuenta de que no llevaba su varita en la mano, y sin ella no era nadie. Nevus era de las pocas brujas que podían hacer conjuros sin necesidad de varita.

—¡Idos antes de que acabe con todas vosotras! —exigió Ágatha.

Rosalí, junto a las tres brujas que la acompañaban, agitó su varita en el aire.

—¡No! —gritó Nevus—. Dejad que sea yo quien acabe con la traidora de mi hermana y con este mocoso que no merece llamarse sobrino.

Nevus se irguió todo lo alta que era, levantó su mano derecha en dirección a Ianca y pronunció:

—*Sacilo...*

En el mismo instante en que el hechizo salió de sus labios, Ágatha abrió los brazos de par en par y lanzó el contrahechizo que salvó la vida de su hijo:

—¡*Almasacrila!*

Una luz poderosa surgió de su pecho y rebotó en el cuerpo del pequeño Ianca, que no perdía detalle de todo cuanto ocurría a su alrededor. Aquella fue la última palabra que dijo Ágatha; después cayó al suelo, con los ojos abiertos y una mueca de satisfacción en los labios.

—¡Nooooo! —Nevus corrió hacia Ágatha—. ¿Qué ha pasado?

—Señora —replicó Rosalí—, está muerta.

—¿Dónde está tu varita? —preguntó al cuerpo sin vida de su hermana, sin hacer caso de lo que le había comentado su sierva. No obtuvo la respuesta que tanto ansiaba. Se arrodilló frente al pequeño—. ¿Qué ha hecho la estúpida de tu madre?

—Magia, y mejor que tú. —Esbozó una sonrisa.

Nevus dejó escapar un grito de rabia al darse cuenta de que su hermana la conocía mejor que ella misma. Una idea cruzó su mente y abrió los ojos, entusiasmada. Ágatha la había engañado para que lanzara el hechizo mortal que protegería a Ianca de cualquiera que quisiera acabar con él.

—Su vida por la tuya. La maternidad volvió idiota a tu madre. Siento que tengas que escucharlo de mis labios. En cuanto pases unos días conmigo, la olvidarás.

—Nunca la olvidaré. —Al igual que había hecho su madre, el pequeño también se empeñó en desafiarla.

Si había algo que Nevus no soportaba, era que la retaran, y menos un crío que no levantaba ni un metro del suelo. Si no podía acabar con el pequeño, lo convertiría en el mago que no había llegado a ser su madre.

—Después de todo, tu madre te ha hecho un favor. Servirás a mi causa.

Ianca buscó los ojos de Nevus. La bruja contuvo el aliento al notar la intensidad de su mirada. Se comportaba como alguien mayor, parecía tener más años de los que aparentaba. Era la segunda vez que le pasaba con ese mocoso. Dio un paso atrás

hasta trastabillar. Había algo en aquel niño que le provocó un escalofrío. Parpadeó y apartó su mirada de él. Se levantó y volvió la vista hacia Rosalí.

—Vigíalo. Sialy me está esperando.

Nevus siguió avanzando hacia el interior de la cueva, donde su objetivo se encontraba tras una reja de barrotes rojos. Sialy levantó la cabeza al advertir unos pasos. Estrechó los ojos, la miró y se irguió con calma.

—Llevo años preguntándome cuándo vendrías a por mí. Has tardado mucho.

—Esperaba algo de entusiasmo por tu parte.

—No te creía una romántica —dijo sin una pizca de humor.

—No, pero una sonrisa por tu parte no habría estado mal. Te recuerdo que te voy a sacar de aquí y además cargaré con tu hija... Serán nueve meses insufribles.

—El honor no sería mío, sino tuyo —le espetó—. Conozco a muchas que darían lo que fuera por estar en tu lugar. No olvides quién soy yo y quién eres tú.

Nevus no respondió a la provocación porque, en cierta manera, tenía razón. Gracias a Sialy ella sería más poderosa que ninguna otra bruja.

Levantó su mano derecha para traspasar los barrotes, y lo hizo sin ningún contratiempo. El hechizo que mantenía a Sialy tras aquella verja no era de los más complicados a los que se había enfrentado.

Durante un breve espacio de tiempo, el silencio se apoderó de aquella prisión.

Cuando Nevus sintió que la vida se abría en su interior, se apartó, permitiendo que Sialy saliera en primer lugar. Mas, cuando él llegó al borde de los barrotes, una cuerda invisible lo tiró de espaldas y cayó al suelo. Nevus no entendía por qué su magia no hacía efecto.

Volvió a ejecutar varios conjuros, aunque nada parecía funcionar.

Sialy apretó los labios hasta convertirlos en una mueca funesta.

—¡No eres suficientemente poderosa como para librarme de esta cárcel!

—He hecho todo lo que estaba en el grimorio de Livia la Mayor, ¿qué más tengo que hacer?

Sialy hizo una pausa dramática, se dio media vuelta antes de hablar y esperó a que ella se colocara frente a él.

—Tendrás que acabar con la bruja que guarda mi prisión.

Nevus negó con la cabeza.

—Ágatha ya está muerta, esa no es la solución.

Nevus reflexionó unos instantes y entonces entendió por qué no funcionaba su magia. Su hermana había dado su vida por la de su hijo, por lo que era muy posible que para que Sialy saliera tuviera que acabar con Ianca. Sin embargo, sabía lo que eso significaba.

—Es la única manera o... —Sialy guardó silencio.

—¿O?

—Créeme, no te gustará saberlo.

—¿De qué se trata?

Sialy posó sus ojos en el vientre de ella.

—Tendrás que derramar la sangre de tu hija...

—Nuestra hija —matizó Nevus.

—He de elegir entre mi libertad y su vida. Tráeme su sangre y saldré de esta prisión.

Nevus negó con la cabeza. Antes de derramar la vida de su hija haría que alguna de las tres brujas que la acompañaban acabara con Ianca.

—Has de ser tú quien acabe con él. —Sialy adivinó sus pensamientos.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Ágatha ha formulado un contrahechizo. Si acabo con él, yo moriré y tú no podrás salir de aquí.

Sialy chasqueó la lengua.

—Entonces solo te queda un camino, no es momento de ponerse sentimental. —Sialy vio la duda en los ojos de ella—. Vaya, no me esperaba esto de ti. Me vas a hacer llorar.

—Ya ves, en el fondo soy una romántica. —Nevus dejó escapar un bufido de resignación—. Sea como dices.

Salió de aquella prisión con el sabor más amargo que nunca había sentido, pero no porque tuviera que derramar la sangre de esa niña que crecía en su vientre, sino porque no era tan poderosa como para liberar a Sialy.

Llegó hasta donde la esperaban sus cuatro brujas. Ianca levantó la cabeza cuando la oyó. Sus miradas volvieron a cruzarse. De súbito, él sacó una varita que tenía guardada en su túnica. Nevus la reconoció al instante. Se trataba la de Ágatha. Entonces Ianca la agitó en el aire creando un glifo tan complejo que le costó seguir el movimiento.

—¡Ella se llamará Rita! —dijo, y desapareció delante de sus ojos.

—¿Cómo lo hecho? —quiso saber Rosalí.

“¡Qué jugada del destino!”, pensó Nevus, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Vaya, vaya! ¡Quién nos lo iba a decir! Ese niño puede abrir puertas de un lugar a otro. Lo quiero vivo. Removed cielo y tierra hasta dar con él. Solo conozco a alguien capaz de hacerlo, y está encerrado en esta cárcel; sin embargo, su magia no funciona en prisión. Ahora descubro que hay un mago igual que Sialy. —Se preguntó si, al igual que su hija, Ianca era también hijo de él—. Ambos poseen grandes poderes, pero este niño solo tiene tres años. No me quiero ni imaginar lo que será capaz de hacer cuando alcance la madurez.



Llevaba gran parte de la noche fuera de casa y sin dormir, junto a Salvio, Melaza y Enriqueta. Aunque estaba muy cansada y se me cerraban los ojos, les había pedido que se quedaran conmigo porque temía que Nevus se colara en mis sueños, como había hecho las últimas semanas. Me pregunté si debía volver a tomar la pócima que me preparaba mi madre para ocultarme de Nevus, pero, aun así, ella sabía dónde podía encontrarme.

Faltaban unas horas para ir a la Gran Cueva de Hechicería. Además de cansada, me encontraba más nerviosa de lo que quería admitir mientras mis amigos y yo nos contábamos nuestras penas. Si ellos lo estaban, no me lo comentaron.

En un claro del bosque de hayas que rodeaba nuestro pueblo habíamos hecho una pequeña hoguera que nos protegió del frío. Era cierto que nos manteníamos arrebujados en nuestras capas, y yo, además, había tomado una sopa que me había dado mi madre al regresar de nuestro viaje y que me calentó hasta la punta de los pies; pero sentía otro tipo de frío, ese que se me había alojado en el estómago desde que supe qué relación había entre Nevus y yo.

